

SE DIDE AL... lares tiene origen en la política discriminatoria que ha imperado siempre en los trabajadores de la Zona del Canal en lo que se refiere a salario, trato y compensaciones a los obreros que no son ciudadanos estadinenses. Indican que ese estado de ánimo es peligroso porque puede ser explotado por ciertos aventureros políticos que mediante una propaganda demagógica se presentan como abanderados de un "antimperialismo trasnochado" y tratan de aprovechar en beneficio propio el descontento de los obreros. Expresan que la única solución consiste en un arreglo racional de la situación mediante un franco entendimiento con los funcionarios de la zona del canal.

Terminan los camaradas De la Rosa y Broüwer señalando como otra causa de inquietud la incertidumbre en que se encuentran los obreros respecto al porvenir y sugieren el modo de llevar la tranquilidad al seno de las masas.

Trascribimos enseguida la carta: Panamá, Octubre 17 de 1945. Excelentísimo Sr. Don Enrique A. Jiménez, Presidente de la República, Presente. Señor Presidente:

Hemos leído la carta en que casi la totalidad de los Diputados a la Asamblea Constituyente manifiestan su apoyo a la política interior y externa del Gobierno que Ud. encabeza. Participes del pensamiento y la intención que el escrito traduce, no podíamos, sin embargo, suscribirlo sino agregándole algunas precisiones que consideramos imprescindibles.

La política de buena vecindad de que fué abanderado el extinto Presidente Franklin D. Roosevelt, inició una oportuna y saludable rectificación a la acción internacional de los Estados Unidos. Marcó una cesura en la trayectoria de intervención unilateral y arbitraria en la vida interna de nuestros pueblos que la diplomacia estadinense había seguido con inalterable continuidad desde 1823. Contribuyó a situar en plano distinto y dentro de atmósfera mejor

oreada las relaciones entre los gobiernos de Washington y Latinoamérica y abrió camino a la liquidación de viejos y envenenados litigios: A los panameños nos permite el nuevo trato rooseveltiano aproximarnos a la satisfacción de aspiraciones de largos antecedentes. Hay sensible diferencia entre el tratado de 1926, terminantemente rechazado por el pueblo panameño, y el de 1936 hoy vigente. Es la diferencia que va de la estructura mental y la actitud política de Coolidge y Kellogga la de Roosevelt y Hull.

Pero recordemos que todavía median entre los Estados Unidos y Panamá problemas y situaciones que parecen resistir indemnes a la acción de la buena vecindad. Entre esos problemas surge con señalada gravedad el de las relaciones de trabajo en la Zona del Canal. Ha prevalecido siempre allí una dura discriminación racial y nacional cuyos perjuicios sufren los trabajadores no estadinense y, en primer término, los panameños e hispanoamericanos. El rígido funcionamiento de los "roles" de "oro" y "plata" con su doble escala de salarios, la infranqueable barrera que cierra el acceso de gran número de panameños capaces a los puestos principales en toda clase de trabajos, la contumaz oposición de ciertos funcionarios de la Zona a las demandas más elementales de los obreros panameños y latinoamericanos, son aspectos de un sistema difícilmente soportable. Y es tal situación la que destila en el pecho de nuestros trabajadores un turbio resentimiento que los convierte en fácil instrumento de cualquier aventurero político que, removiendo los instintos más elementales y las ansiedades vehementes pero confusas de las masas, puede arrastrarlas tras la bandera de fementidas reivindicaciones a la restauración de un oscuro y oprobioso despotismo.

Precisa atraer la inteligencia de los funcionarios de la Zona al convencimiento de que no se creará base cierta y estable para francas relaciones de cordialidad y cooperación entre panameños y estadinenses mientras

permanezcan insolutas las cuestiones a que nos referimos. Ese peso de descontento e insatisfacción que se ha creado en el ánimo de nuestros obreros es susceptible de convertirse en hoguera de odio inacabable y maligno.

Sólo el planteamiento franco de tales problemas y su resolución mediante entendimiento racional puede cegar la fuente de descontento que agitan esos nacionalistas alharáquientos, cuya trasnochada algarazara antimperialista olvida deliberadamente que el imperialismo no sólo tiene una manifestación estadinense y que ha comenzado a morir definitivamente con la destrucción de su modalidad hitleriana y nipona, que ellos se han cuidado muy bien de denunciar jamás.

No radica en la Zona del Canal todas las causas de la ansiedad que invade el ánimo popular. Hay un sentimiento de inseguridad respecto al inmediato porvenir que se traduce en inquietud y pone acritud en las voces que reclaman mejoras tangibles y estables. Al propio tiempo se observa en determinados sectores una indolegable resistencia a satisfacer las negras reparaciones sociales que recientes actos del poder público han reconocido a los obreros. La naciente organización sindical, que el proyecto de constitución en debate eleva a entidad pública, tropieza con la hostilidad de los patronos que despiden y persiguen a los obreros sindicalizados. Son estos los elementos generadores de un estado psicológico que tratan de explotar en beneficio de sus desordenadas ambiciones políticas los cabecillas de una reacción que se disfrazaba tras una propaganda abigarrada, y estridente que embrutece, rebaja y desconcierta al pueblo.

Creemos que su gobierno dispone de los recursos para realizar una amplia política social y que satisfaga viejos anhelos, siempre frustrados, de las masas populares y elimine los factores de perturbación y ansiedad hoy existentes. Aquí, como en todas partes, la reacción sólo puede prosperar y prevalecer sobre el terreno de las aspi-

raciones populares insatisfechas. Aquí como en todas partes, la reacción se envalecenta, amenaza y ataca si falta una firme y clara política que al resolver los problemas vitales del pueblo desarme y aniquile a quienes al amparo de las libertades democráticas intentan resucitar regimenes condenados a muerte por la historia.

Estimamos, señor presidente, que es el momento oportuno para la delineación y puesta en vigor de una política social con el concurso de obreros y patronos, de empresarios y empleados. Nos parece posible acoger la

iniciativa de los presidentes de México y los Estados Unidos de reunir en conferencia a esos sectores y adoptar un plan social de mutuas garantías para el trabajo y el capital.

Puede Ud. tener la seguridad de nuestro apoyo a toda acción suya encaminada a mejorar la condición de vida de nuestro pueblo y, con ello, a eliminar definitivamente a los renacientes sectores reaccionarios.

Reciba Ud. el testimonio de aprecio de sus amigos y servidores, Diógenes de la Rosa.—José A. Broüwer, Diputados Socialistas.

LA VUELTA DEL

torno a su vuelta. Cada vez que los acontecimientos políticos adquirían cierta tensión, los que añoraban el régimen de las traganiqueles, las multas aplastantes y la cachiporra lanzaban la consigna del regreso y anunciaban la fecha exacta del acontecimiento. Al mismo tiempo desarrollaban una propaganda hiperbólica que inflaba la figura del caudillo sintético con los más desmesurados adjetivos. Lo presentaban a la mente de las gentes crédulas, para las cuales no hay pasado, como el resumen de todas las virtudes patrióticas. Finalmente tocaban la tecla del machismo y lo proclamaban el hombre por antonomasia. Esta técnica de sugestión colectiva, variante inconfundible de la estrategia de nervios hitleriana, terminó por fomentar una atmósfera de curiosidad, de interés, de expectación que empujó a las gentes al espectáculo que se anticipaba brillante.

Pero estos factores circunstanciales no son los más importantes. Para que la demagogia desorbitada de los arnulfistas haya podido mover a las masas y hasta influir la imaginación de muchas gentes, se necesitaba que existiese un fondo psicológico en que le fuera fácil prender. Y no hay duda de que lo había. El renacimiento del arnulfismo es el resultado de errores muy visibles. El primero consistió en no haberle hecho al gobierno arnulfista el proceso que hubiera sido necesario para que la masa popular se percatara en toda su integridad del significado de ese régimen. Se acusaba al arnulfismo en el poder de especular con el juego. Se hablaba de las canalizaciones por donde el dinero extraído del salario del pueblo corría hacia los bolsillos del jefe de la administración pública y su grupo de favoritos políticos. Se decía de los planes de grandes negocios que, siguiendo el sistema aplicado por Hitler y Goering en Alemania, iban a despojar de sus empresas a numerosas personas para convertirlas en propiedad del dictador y sus íntimos. Todo eso debió ser iluminado con poderosa luz diurna en un proceso político en que debía estar presente el ex-dictador y todos cuantos participaron de sus hazañas. Pero nada de eso se hizo. Se corrió el velo del olvido y el pueblo nunca pudo conocer en toda su profundidad la corrupción del régimen derrocado el 9 de octubre. A ello se agregó el error de mantener en el destierro a un sujeto que, dejado en el país, sometido al diario contacto de la gente, expuesto a manifestarse personalmente frente a hecho y situaciones, se habría disuelto en la arena pública como un terrón de azúcar bajo un aguacero. La ausencia le permitió a sus secuaces crear la leyenda del perseguido, del redentor por la fuerza, que retornaría un día a librar la batalla de su restauración. Pudieron así, también, hacerle olvidar al pueblo panameño que el ex-dictador no había sido expulsado del país por nadie, sino que se había marchado él mismo un día para ir a satisfacer quién sabe qué oscuro capricho.

Ha prendido esa propaganda, además, porque en los más hondos repliegues del ánimo popular sedimentan desde hace largo tiempo anhelos de mejoramiento mezclados con el resentimiento que causa la frustración. Este pueblo viene hace décadas volviendo la mirada hacia todos los horizontes en busca de un milagro que le redima de sus angustias. Ha puesto varias veces su esperanza en profetas que resultaron falsos. Ha iniciado el camino hacia lo que creía su redención y encontrándose frente a decepciones desmoralizadoras. La demagogia arnulfista ha agitado esos sentimientos y resentimientos llevándolos hacia la exaltación de su jefe. Un sistemático y estentóreo panegírico en torno a los actos de la administración arnulfista que ha deformado los hechos históricos, ha podido así influir en el ánimo de las capas populares más crédulas, menos educadas políticamente, de criterio elemental.

Son estas reflexiones preliminares sobre la situación actual. Habremos de volver con más espacio sobre sus aspectos más importantes. Pero no queremos terminar sin expresar que no basta con enumerar las causas del reverdecer del arnulfismo. Es necesario prepararse a combatirlos con hechos y con razones. El pueblo panameño no tardará en reaccionar y orientarse por el buen camino si se le dan en obras concretas y tangibles pruebas de que su bienestar es la preocupación máxima de las organizaciones democráticas y si con una propaganda metódica se le demuestra como Arnulfo Arias no es más que un aventurero político que un día jugó su carta al triunfo de Hitler y Mussolini, que aspiraba a ser el capataz de esclavos de Centroamérica y que hoy, por un irónico sesgo de los acontecimientos, retorna con la misma pretensión de siempre: someter, despotizar, complacerse en la adoración de sí mismo y acrecentar la fortuna que hizo en once meses de gobierno. A esta tarea de esclarecimiento quedamos com-

PRODUCTOS CANADA DRY

LO MEJOR QUE HAY

Cola Spur

Ginger Ale

Cream Soda

Grape Soda

Zarzaparrilla

Soda de Naranja

Para obtener cualquiera de estos deliciosos productos llame al teléfono 31 y le serán llevados sin demora a su propia casa.

CERVECERIA NACIONAL, S. A.